

Tauros



AÑO I :--: NÚM. 6

REDACCIÓN Y ADMÓN.:
PEDRO UNANÚE, 18
TELÉFONO 61.413

PRECIO: 15 CTS.

Director: DON ISTA

Madrid, 3 de junio de 1935

Administrador: JOSE TOLEDANO

EDITORIAL

Prohibido hablar... con el público

Al igual que ciertas indicaciones que en determinados lugares se ven—ostentativas, cual órdenes terminantes—, en las plazas de toros va a ser cosa de colocar algunas de ellas; tal como la que sirve de cabeza a estas líneas y de pretexto para el trazado de su contenido: prohibido hablar con el público.

Que ¿a qué viene esto?
La cosa no puede ser más fácil de explicar y razonar:
Me supongo, lector y amigo, que habrás observado con cuán harta frecuencia a los toreros de hoy les da, les viene dando, por, desde el ruedo mismo, dirigirse al público, para hablar con él; no con uno o varios espectadores, sino con todo un sector de público, bien por medio de un ademán, de un gesto o de una frase...

Que el torero hable con el público, por supuesto que nada tiene de particular lo haga en esos breves instantes que puedan durar la interrupción de la corrida, entre toro y toro; así como durante los momentos de actuación, en el tercio final, de cualquiera de sus compañeros de terna; pero... de eso a que lo haga en plena actuación suya, es poco serio e, incluso, ridículo...

Y esto lo venimos observando ya con una frecuencia rayana en lo inadmisiblemente.

No es que se haga impensadamente, ni en una tarde solo, ni en una ocasión, no, sino siempre que quieren los toreros, eso de dirigirse al público y hablarle.

Una vez, porque el toro tiene cierto defecto, el torero ya está diciéndoselo al público.

Otras, porque el astado acusa determinadas condiciones de lidia que impiden lucirse al torero a la medida—¡y tan a la medida!—de su gusto y de su manera de hacer el toreo, pues ahí está el lidiador (?) volviéndose al público para decirle o darle a entender que no puede ser, que es imposible hacer algo con toro semejante...

Otras, para justificarse o disculparse en su torpeza, medrosidad o lo que fuere, se señala el torero en cuestión tal o cual parte de su cuerpo, dando a entender con ese ademán que, por hallarse resentido, es lo que le impide confiarse para ver de lucirse.

Otras, incluso procurando exagerar aún más los defectos o tendencias del enemigo, para que el público pueda apreciar la imposibilidad de sacar mayor y mejor provecho del toro, a fin de justificar el porqué de no poder salir airoso en el

cometido de la lidia del toro de tales o cuales condiciones...

Así, cuando no es por una cosa, es por otra, el torero o toreros hablan, se hacen entender por el público para disculparse de su actuación, que deja de ser «lo que en verdad debe ser» para causar auténtica sensación de lidiador, de torero, en la más exacta acepción de lo que por esto ha de entenderse... y demostrarse.

«Se prohíbe hablar... con el público.»

Esto es lo que dan ganas de gritar, a todo pulmón, a esos toreros que en una tarde de actuación desafortunada, inútil, gris, monótona, deslucida por las manifiestas condiciones de inferioridad, como evidencian sin disimulo alguno, se vuelven hacia el público como único recurso de justificación a la ineficacia de su actuación.

¡Al toro, y menos pámplinas, señores toreros, que no vamos a la plaza para que se nos hable, sino para verles, no para oírles...!

No hay cambio de impresiones que valga entre toreros y espectadores. Ellos—los toreros—, a actuar, a hacer lo que puedan y corresponda hacer, con arreglo a sus aptitudes: valor, suficiencia, adaptándose o no a las condiciones de los toros, a la que éstos requieran y precisen para lucirse, para dominarlos, para corregir sus defectos o para esquivarlos... Sea lo que fuere, sin necesidad de que sea el público quien tenga que señalarlos, que advertirlos o que darles la razón a los toreros, a modo de consejo, sobre si se debe o no hacer eso o aquello con el toro...

El torero no debe cuidarse del público más que cuando, durante el transcurso de una lucidísima actuación, las ovaciones excedan y el toro, precisando de un breve descanso, pare, dejándole el torero responderse...; entonces, sí, está bien lo de volverse al público y saludar, sonreír... aunque ¡tampoco hace falta hablar!

A lo sumo, en el único instante que es admisible dirigirse al público y hablarle, es cuando, espada en mano, el torero, en gesto de gallardía y seguridad sumas—siempre y cuando sea verdad—pueda permitirse lanzar el clásico: «¡Vaya por ustedes!» En los demás momentos de actuación, no: prohibido hablar con el público.

Fermín Espinosa «Armillita» acaba de obtener un enorme éxito en la plaza de Teruel. He aquí al gran lidiador exhibiendo el máximo galardón que se puede conceder a un artista

Un gran lidiador FERMIN ESPINOSA «ARMILLITA»

Méjico, invariablemente, envía todas las temporadas una remesa de toreros hacia España, para que los de allí aquí definan y consoliden decididamente la personalidad que a cada cual corresponde ostentar en el toreo, para su orientación y situación definitiva.

Pues bien; pocos suelen ser los que, de una manera unánime y terminante, quedan definidos y situados en puestos de notorio relieve de entre las figuras de la andante torería. Pero he aquí uno que, desde el primer instante, quedará catalogado como un gran lidia-

dor: Fermín Espinosa, «Armillita».

Gran lidiador, por su capacidad, por su suficiencia, por su variedad y... por su calidad.

Torero, en suma, de esos que «no se pasan», que no se agotan tan fácilmente, porque es de los pocos que puede decirse—sin que en ello pueda haber exageración alguna—lo es de «pies a cabeza»; esto es, de cuerpo entero, porque el toreo lo asimiló íntegramente e interpreta a la perfección.

Fermín Espinosa, «Armillita», alto él, quizá desgarbado

por la excesiva talla, hállese dotado de soltura, desenvoltura en sus movimientos de piernas, talle y brazos, que le faculta de suma facilidad para la realización de cuantas suertes del toreo practica.

Desde el lance de tanteo, para frenar y recoger al toro primero y torearlo después a placer, hasta el último lance—el remate—, manda sobre el toro con plena seguridad, dando la sensación máxima de suficiencia, de arte y de dominio.

Variado es su toreo de capa: de la verónica a los adornos—producto de su inspira-



ción de lidiador genial—más originales.

Con las banderillas, maestro, que le caracteriza como torero completo, cuyas suertes todas del toreo no tienen secretos ni dificultades para él.

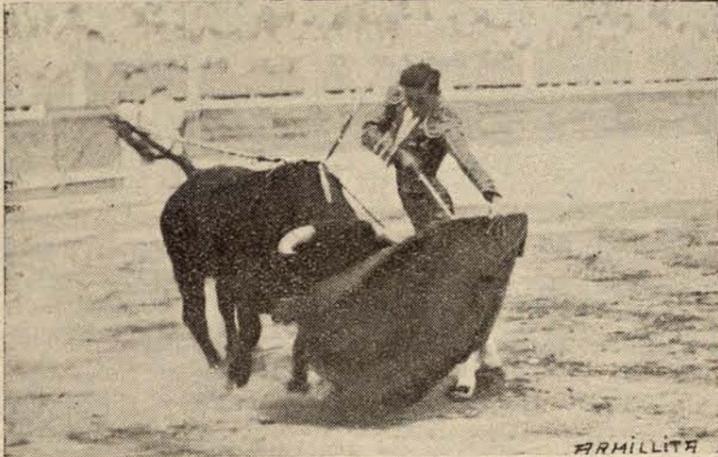
De fina escuela, incluso en esa suerte, garboso, tranquilo, sabiendo incitar al toro, llegarle unas veces, cuando no esperarle, por reservado que sea o por codiciosa que fuere su embestida. En todo momento demuestra la calidad magnífica de rehiletero que entusiasma por su pasmosa facilidad en esa suerte, durante los instantes culminantes en que el torero, solo, desde cual-

el dominio—que es mando, seguridad, tranquilidad—con que imprime a sus faenas, que le han definido o caracterizado, como lo que es, como un gran lidiador.

Su suerte favorita, lo potencial de su toreo, es el pase natural con la izquierda.

El pase natural de «Armillita» es algo de asombro, por lo admirablemente bien que sabe echarse la muleta a la mano izquierda, cogiéndola por el centro mismo de su palo, llegar así al toro, con suprema decisión, y... obligarlo.

Instrumenta el pase natural parando, en principio, la embestida del toro, dejándole



«Armillita» tiene personalidad máxima y exclusiva en el pase natural

quier terreno, frente al toro, a cuerpo limpio y garapullos en mano, burla con matemática precisión a la res, tras colocar, hábil y certero, las banderillas, que quedan prendidas firmes.

Con la muleta se supera aún más «Armillita», como lidiador maestro, como gran torero.

Es quizá—y hasta podríamos asegurarlo con el «no cabe duda de ningún género»—con lo que más categóricamente ha definido su personalidad toda de torero ex-

se empape bien en los vuelos del engaño, dando después a la suerte todo el temple que el torero quiere, mandando, conservando a la res en el terreno justo que le corresponde, rematando para ello el pase perfectamente, a fin de poder dar uno, dos, tres..., cuantos pases naturales quiera el torero, siempre mandando sobre el toro de una manera magistral.

La multitud espectadora tiene, por fuerza, que, ante ese alarde de maestría de que hace este torero, rendírsele en



Entre las faenas que realiza Armillita intercala adornos de buena ley

ceptacional, como gran lidiador. Toreo el suyo, muleta en mano, que sabe dar a cada toro lo que requiere y precisa por sus condiciones de lidia, sea manso o bravo, fácil o difícil, suave o bronco.

Fermín Espinosa, «Armillita», es, en fin, muletero completo, por lo acabado y perfecto de su toreo.

Y, por si no fuera esto suficiente, junto a su capacidad—que es suficiencia y consciencia—asume el arte—que es estética, naturalidad, facilidad—, y ni qué decir tiene

espontáneo tributo de admiración, prorrumpiendo en estentóneos y locos clamores de entusiasmo, que se suceden atronando en el espacio los «¡oles!» que son exacto reflejo de la emoción y admiración que causa su toreo.

Así es, queda palmariamente evidenciado, con el pase natural de este torero, la calidad y cantidad de su toreo, que le acredita, aunque sólo fuere por ésto, de un modo terminante, como todo un gran lidiador, a Fermín Espinosa «Armillita».

Leves ensayos sobre psicología del toro de lidia

“CHULANGANO”

La bravura, la majeza de ciertos toros, es muy relativa. Ocurre, a veces, igual que con determinadas personas: que parecen osadas, valientes, y no lo son más que en presencia, en apariencia, por sus alardes estúpidos, que no tienen base alguna.

Buena prueba de ello lo tenemos en ese contraste, en ese tránsito tan absurdo que frecuentemente hemos observado en quienes, tenidos y presumidos por valientes, cuando se les han enfrentado con otro valiente, pero de autenticidad en el valor, en el coraje, se apaga la valentía esa de aquél al tropezar con el verdadero valiente.

La relatividad de ese valor, lo embustero de ese coraje, se llama, incuestionablemente, chulería.

Personas flamencas, chulas, majas, de valor arrogante, del que continuamente hacen alarde y precisamente con aquellos que, a buen seguro, parecen—y suelen serlo—inferiores, por discreción, por manifiesta inferioridad en su condición de débiles, física y moralmente, son con los que el «chulo» se crece y se siente de verdad bravo, valiente... Pero ¡ay! si tropieza con alguno de esos que, siendo solo débiles en su discreción, pero bravos, fuertes en su condición o constitución física y moral... un día, con ocasión de uno de esos tropiezos con el «chulo», salte, hartó ya de tanta petulancia...; porque, entonces, sublevado, indignado, ataca con firme decisión al flamenco, dispuesto a medir y decidir esa majeza... Y, claro, se sorprende primero y se asusta después—por doble instinto: de conservación y de defensa, por no perder el título, la aureola de majo—el valiente, quien, en principio, se resiste a acometer o responder contra el que—no conocida su resistencia y potencia—podría, quizá, ponerle en evidencia... Empero, como ya salte aquél, agotada su paciencia, el valiente, el flamenco, el chulo, no tiene más remedio que acceder... Entonces ¡se acabó su bravura, su majeza!, si resulta, como invariablemente acaece, apabullada por quien jamás se tuvo por bravo.

A veces, llega a tal colmo de sarcasmo la evidencia de su ficticio valor, que el valiente, el chulo, suele ser vencido, e incluso dominado, por el más débil, porque en un momento de coraje saltará éste también, arremetiendo contra el flamenco, instigado por quienes, ajenos a las alusiones de que venía haciéndole víctima el majo, aconsejan al aludido a que ponga ya de una vez freno, límite, prometiéndole hasta ayudarle si en la prueba se viera era insuficiente por sí solo...

Pues bien; esto, que se da tan frecuentemente en la vida de los humanos, en su convivencia, en su relación, en ese ambiente en el que se suele destacar siempre un bravo, un valiente, un flamenco; en fin: un chulo; en los animales, en su convivencia ocurre exactamente lo mismo.

Por eso, ahora que estamos tratando de esbozar leves ensayos sobre psicología del toro de lidia, aplicada, referida la flamenquería en el toro, hagamos la deducción.

Toros hay que parecen muy bravos allá en el campo y que luego no responden lo más mínimo cuando les es llegado el momento de demostrar esa bravura, esa majeza suya...

Hay casos extremadamente curiosos cerca de esta característica que acusan ciertos toros.

Vamos a referir hoy un caso de estos; quizá el más típico de la flamenquería, de la chulería del toro.

Por su majeza, le había puesto el nombre de «Chulángano», su criador.

Fea su presencia, pero excelente su corpulencia. Bravo para con quien causaba respeto su trapío y con todo lo que pudiera representar inferioridad en relación a su potencia.

Por su temperamento inquieto no podía jamás estar apacible en lugar y momento alguno, no dejando en paz a sus compañeros de camada, con los que, a veces, iniciaba conato de pelea, pero que no se llegaba a consumar, porque no se le hacía caso; por lo cual, se fué creciendo, creyendo era él el más bravo de todos e, incluso, que podría con los toros de mayor

presencia, aunque, por si acaso, con éstos no insistía mucho en violentarlos... Sin embargo, se había creado ambiente de majo, de flamenco; creencia, presunción que los demás toros procuraron «dejar», para evitar cuestiones entre sí, como si no tuviera objeto alguno el dilucidarlo.

El flamenco se sintió chulo de veras: la tomó con los caballos que, mezclados entre los toros, andaban sueltos... Llegó a herir a algunos, malherir a otros, y hasta matar. Los guardianes cuidaron, vigilaron al toro flamenco, en prevención de que pudiera hacer mayores estragos. El toro hacía frente a sus guardianes, quienes habían de tener sumo tacto y cuidado con él, que, pareciendo bravo, no obstante acusaba contradictoria conducta, como traidor y por la relatividad de su majeza, puesto que, apenas se le amenazaba, se le hacía frente con algo que pudiera significar posible e inevitable riesgo y daño—la piedra lanzada por la honda con fuerza y destreza—ya estaba el toro conteniéndose y aun huyendo...

Y era el caso que riñas entre los toros no se promovían apenas, ya que el «Chulángano» las evitaba, las rehuía, no molestándole a los que sabía podrían promover la cuestión, de la que no saldría muy bien librado él, que digamos... Sin embargo, la había tomado con un toro, de pobre presencia, flacucho, débil, al que no dejaba en paz.

Hasta que un día, como si los toros entre sí se hubieran puesto de acuerdo, fueron rodeando al «Chulángano», situándole frente al que venía siendo víctima de sus molestias. Se formó como un corro; se sintió extrañado el toro flamenco; vió a los demás toros y, muy junto a él, al débil en actitud como de desafío. En su costumbre de atacarle, fué hacia el débil el «Chulángano». Oyéronse mugidos raros, como de aliento, y... ocurrió lo sorprendente: que el toro débil esta vez no huyó, sino que hizo frente al chulo. Se promovió la pelea entre ambos; quería, a veces, en instinto de conservación, como huir el débil ante las arremetidas continuas del flamenco; pero se había formado un círculo cerrado entre los demás toros que no le dejaban marchar; además, los mugidos le acabaron por animar. Reaccionó, pues, en supremo esfuerzo el débil, haciendo nuevamente frente al chulo. Este se sorprendió mucho de ese geste, ante la actitud insospechada de fuerza y fiereza del débil, quien, aprovechándose bien de estos instantes de sorpresa del contrario, le arremetió con inusitado valor... Hizo caer, con certera embestida, el débil al flamenco, decidiéndose así una victoria imprevista. Caído el

toro tenido por bravo, por majo, los demás toros arremetieron, sin grande furia, pero entre mugidos estridentes, roncós, contra él, como si se sintieran enormemente satisfechos de que resultara vencido, y precisamente por el más débil de todos. Mugidos muy significativos, muy expresivos, cual si se quisiera decir con ellos la afrenta de injuria irónica de: «¡Chulángano! ¡Chulángano!»

Se levantó el caído; abrióse paso de entre los toros y huyó, con trote ligero, silencioso...

Desde entonces, el toro majo, el flamenco, dió un cambio notable: huido siempre de todos, alejado, en actitud encogida...

Fué observada y estudiada por sus guardianes—los hombres—el cambio del toro.

Llegaron en seguida a comprender.

Y se pensó, conocida y convencidos ya de la relatividad de la bravura de aquel toro, tomarse una resolución con respecto de él, para que rindiera utilidad muy positiva, única que podría rendir ya, de no destinarse al matadero, si se quería aprovechar el rendimiento notabilísimo que daría la psicología de este toro: hacerlo cabestro.

Por su amargura; por su fracaso; por su ansia de traición, bien se prestaría al papel ese...

En efecto, tal como se pensara y decidiera se hizo.

Desde aquel entonces, cuenta la ganadería de reses bravas con el manso, el cabestro mejor que se conociera, para las faenas de apartado y encierro de toros.

Se llama y responde, obedeciendo como nadie, por «Chulángano».

A. GOMEZ MESA

Ricardo Torres «Bombita» sufre un ataque de hemiplejía

BARCELONA.—Ricardo Torres (Bombita), al salir del expreso de Madrid, de donde regresaba, sufrió un ataque de hemiplejía. En grave estado fué trasladado a su domicilio. Pasado mañana tenía que tomar parte en una fiesta de arte con motivo de la inauguración de una Exposición de joyas, abanicos y vestidos regionales.

CULTURA TAURINA



Las pintas de los toros

(Conclusión.)

Lomos

Listón, lista no ancha y de distinto color del cuerpo a lo largo de la columna vertebral.

Aparejado, el berrendo con la lista del listón, pero más ancha y marcada.

Cola

Rabicano, el de algunas cerdas blancas en la cola.

Coliblanco, el de cualquier pinta, menos la ensabanada, con la cola blanca o muy clara.

Todas las denominaciones bran corridas en los meses de aplicables a las hembras.

Vientre

Meano, el que tiene blanca la piel que cubre el blanco, siendo oscuro el vientre.

Bragado, cualquier pinta, menos la ensabanada y berrenda, siendo el vientre blanco.

Extremidades

Botinero, el de color claro, con patas muy oscuras o negras.

Calcetero, el botinero con una raya clara vertical en las patas; y, con más propiedad, el toro que tiene las patas blancas, siendo más oscuro el resto de su piel.

Comentarios propios y ajenos...

LOS TOROS EN MADRID.— LA QUINTA CORRIDA DE ABONO

Una entrada estupenda, a pesar de que en la terna de matadores hubiera sido preferible—incluso para el prestigio de uno de los toreros, veterano él y hasta de cierto historial que tuvo un auge grande, aunque muy breve haya sido, ya que podía haberse salvado ese ridículo en que se le puso con motivo de la propaganda anunciadora de la corrida en referencia que hiciera con torpe y burda táctica la Empresa, que, por lo visto, creía poder embaucar mejor de esa manera a la afición—hubiera sido preferible, decíamos, haber dejado para otra ocasión a ese tercer torero—que era primero de la terna, figurando en cabeza, por más señas—a fin de que el cartel ofreciera mayor interés con solo dos espadas, siquiera como recuerdo a aquellas tardes de lucimiento que dichos dos toreros dieran, como novilleros, la pasada temporada... Pero, en fin, la Empresa, que tantas veces sabe desentenderse de ciertos compromisos, por esta vez no quiso... o no pudo.

Se anunciaron seis toros de Ramón Gallardo (procedentes de los de la viuda de Salas), pero sólo se lidiaron cuatro, y esto por pura casualidad, ya que por la insignificancia de trapío y el poco poderío, no merecían haber sido destinados para la lidia, y menos aún para plaza como la de Madrid. Los dos sustitutos, de R. Ortega, chicos también; el uno cumplió como bueno y el otro ni siquiera como esto.

«Chicuelo» no tuvo el arresto de evidenciar, al menos, ni su amor propio, si no ya de torero, de hombre, por aquel «feo» tan notable que se le hiciera con motivo del anuncio de esta corrida... Actuó como siempre: medroso, apático, como quien hace algo muy a la fuerza. En unos lances de su «gracioso y vistoso» estilo, el ingenio aficionado le aplaudió como si aquello, después de tanta desfachatez como se le ha soporado una y otra temporada, tuviera algún valor...

Garza: valor, emoción al grado más elevado. Quiere situarse, y lo va a lograr si un día un toro no le dice «quita de ahí». Como la fiesta de los toros es, ante todo y por todo, emoción, y de esto, hoy por hoy, este torero es el «amo», pues ¡arriba! Pocos toreros como él emocionan tan intensamente, y... tan conscientemente. ¡Incluso se ríe del susto del público! Obtuvo un éxito: oreja, vueltas al ruedo, etc. Y esto, después de un serio, por lo aparatoso, volteo sufrido en su primer toro.

«El Soldado»: veroniqueó muy bien: valiente, artista y enjundioso; pero, con la muleta, hizo todo lo contrario; y con la espada, fatal. ¿Qué le pasó a este torero que no correspondió a lo que el público esperaba, teniendo por compañero de terna a Garza? Pues, sencillamente, que ¡le dio por contagiarse de «Chicuelo»!

CRITICA DE CRITICOS

De «Recorte», en «La Libertad»

«Los toros de Gallardo, sin ser exagerados de trapío, salieron muy blandos de remos; dos sustitutos de R. Ortega, bueno y bonito uno, feo y de mal estilo el otro. «Chicuelo», desastroso. El público ya no lo toma en cuenta. Se indigna con él sin ira, y le aplaude cuando, como siempre hizo, da algún lancecito con los pies juntos y a favor de guerdencia. Se va de los toros y se bate en retirada.

Garza: venía decidido a triunfar... Provocó efervescencia taurina, incluso a quienes más le quieren negar. Sufrió una cogida de intensidad dramática. Nadie esperaba que volviera a salir... y salió Garza, porque faltaba lo mejor: la magnífica faena, plétórica de valor y arte, la faena estatuaria, de emoción inenarrable, que brindó al público y obligó a que muchos se mordieran los labios, porque no hay forma de poner reparos a quien torea tan a la verdad, a quien hace cuanto sabe, a quien da cuanto tiene, a quien emociona hasta dar miedo... Hubo oreja y dos vueltas al ruedo por esa faena de Garza, en justo pago a su meritisima labor.

«El Soldado»: no le acompañó

la fortuna. Salió decidido y valiente. Con el capote toreó ceñido y templado. Con la muleta, en su primero, breve y hábil; en su segundo, acabó pronto.»

De «K-Hito», en «Ya»

«Los toros de Gallardo: feos, flacos, hambrientos y sin fuerzas; los sustitutos de Ortega, más grandecitos.»

«Chicuelo»: no ha hecho nada esta tarde, ni la anterior, ni la de más allá...

Garza: se propone que el toro pase, que el público le aplauda, y lo consigue. Su toreo es emoción, prodigándola a manos llenas. Ha triunfado plenamente para que se sepa que el valor decidido y la voluntad firme de agrandar conducen al éxito. Fué cogido al torear de muleta el segundo toro.

«El Soldado»: se apretó en los quites tanto como el que más; con la muleta no quiso torear, y con la espada mató a sus toros con alevosía.»

De «Oselito», en «El Sol»

«Los toros: de los seis toros de Sala, se rechazaron «pa» tras dos, que fueron sustituidos por dos de Ortega. Fueron nobles, terciados y sin fuerzas.»

«Chicuelo»: hace tiempo que debía pagar por salir a la plaza. No hay derecho a que este torero vea los toros en er mismo redonde y, en cambio, los que vayan a sacá una barrera les cueste un ojo de la cara. ¿Por que, vamo a ve? Toreó y mató muy mal. Salvo unos lances llenos de gracia con que saludó al cuarto torillo.

Garza: no toreó Garza, ¡qué va a sé toreá eso! No mandó, por eso no toreó. Se colocó en la asera, dejándole ar toro er sitio justo pa pasá; pero no dirigió ar toro, que pasó suelto, como quisó...

«El Soldado»: ¡Qué miedo en sus dos toros! ¡Qué mitin!... ¡Con decirle a usted que er público se volvió pa «er Gallo», en plena faena de Soldado, y lo ovación, está dicho to!»

De G. Corrochano, en «A B C»

«Los toros de Gallardo y los sustitutos de R. Ortega chicos y blandos.»

«Chicuelo»: que sabe de todos, por esto toreó pendiente de que no se cayeran... Estuvo bien.

Garza: fué volteado en su primero, por no llevarle toreado; cortó la oreja de su segundo, al que toreó con la mano derecha con ese toreo que se llama de parón, siempre por un lado, sin cambiarse la muleta una vez de mano...

«El Soldado»: en su primero estuvo mal y poco decidido; en el último—un becerro—como viera que el público se marchaba ya de la plaza protestando, lo mató sin torearle de muleta.»

LA CORRIDA EXTRAORDINARIA DEL JUEVES

El pasado jueves, aprovechándose la festividad del día—la Ascensión—se organizó, anunció y celebró—aunque más hubiera valido que ninguna de las tres cosas se hubieran llevado a efecto (el tiempo puso de su parte lo que pudo); porque, ¡vamos!, la poca lógica y sentido práctico de esta dichosa Empresa de la plaza de Madrid, se las trae... ¿A quién se le ocurre, en plena temporada, organizar una corrida así, tan carente de interés?... O, ¿es que, acaso como se tenía anunciada una corrida postinosa muy cerca de Madrid—en Aranjuez—, no se quiso ni intentar siquiera la más insignificante competencia? Bueno...; ¡esto no tiene remedio! Pobre afición madrileña, se han propuesto agotar su paciencia y lo van a conseguir...

Para la corrida en referencia—por cierto que no debemos de dejar de consignar esto: ¡no sería mejor que, para ciertos toreros que van quedando rezagados, en vez de irlos poniendo como base de todo un cartel lo fueran como de «relleno» de cualquier otro?—se fijaron precios que, al decir de la Empresa, eran «ultrapopulares»... ¡Estos son los precios que debían regir en todas las corridas de toros, ya que en verdad son los que corresponden, pues que la amplitud de la plaza nueva y monumental da sobrado margen para hacerlo!

En fin: dejémosnos de divagaciones y expansiones para entrar de lleno en la referencia de la corrida en cuestión:

Don José de la Cova envió seis toros terciaditos, finos, que resultaron bravos, si bien, por exceso de castigo, llegaron al tercio final muy quedadotes.

«Pinturas»: puso voluntad, pero tan sin sitio, que apenas lució—salvo unos pares de banderillas—cuanto hizo e... intentó hacer.

Luis Morales: veroniqueó con valor, parando y templando muy bien en algunos lances, rematados con «su» media verónica de buen estilo; banderilleó fácil y valeroso; con la muleta, en su primero cumplió sin relieve; en su segundo, echó más valor, y aunque con la espada no se decidió del todo hasta el tercer envite, hubo palmas en abundancia, dando incluso la vuelta al ruedo a requerimientos... del propio torero, a pesar de que el toro—ideal en bravura y docilidad—mereció mucho más, cosa que debió comprenderlo así Morales.

Diego de los Reyes: tan largo de talla como corto de toreo. Tuvo actuación vulgar, medrosa, como si ya lo tuviera todo alcanzado en el toreo... ¡Allá él, si tal cree!

CRITICA DE CRITICOS

De E. Palacio, en «A B C»

Los toros, de don José de la Cova: una magnífica corrida, una gran corrida, de tamaño, parejos, suaves y fáciles.

«Pinturas»: decidido y voluntarioso; con maestría y dominio banderilleó; con la muleta puso a sus faenas voluntad; con la espada, en el primero, dos pinchazos y una estocada; en su segundo, un estoconazo.

Morales: banderilleó bien; con la muleta, en el quinto, estuvo valiente y se adornó, aplaudiéndosele mucho, por lo que dió la vuelta al ruedo.

Diego de los Reyes: pasaportó de media estocada en la misma yema a su primero; al que cerró plaza, lo despenó de dos medias estocadas y un estoconazo superior.

De López Cansinos, en «Ahora»

Los toros de José de la Cova, gordos y con pujanza; se prestaron a un fácil éxito.

«Pinturas»: se estiró en algunas verónicas; con las banderillas puso voluntad y hasta lucimiento; con la muleta, pases por la cara sin dominio alguno, viéndose atropellado; con el estoque tampoco estuvo acertado.

Morales: mucho valor, pero—como le ocurrió en el quinto toro—sobró toro y faltó torero; por ello el público opuso justas restricciones en el aplauso; sin embargo, dió Morales la vuelta al ruedo en su segundo.

Diego de los Reyes: no tuvo un solo momento plausible, estuvo como influido del más desdichado desánimo.

De Ale, en «La Libertad»

Los toros de José de la Cova salieron suaves y nobles.

«Pinturas»: lo hizo todo y todo le salió bien; lanzó poniendo decisión, temple y dominio; banderilleó, poniendo tres pares formidables; muleteó reposado, sereno; y mató sin trampa ni cartón. Para él fueron las palmas mejor ganadas, porque de valor y de torero fué lo que él hizo...

Morales: tuvo una tarde desigual; dudó mucho y se paró poco; con las banderillas cosechó aplausos; en el quinto toro de la tarde, dió la vuelta al ruedo, como premio a una faena valentona... No quiero enturbiarle el éxito, pero sí creo que toreó más el toro al torero que el torero al toro. Valor, voluntad y poca eficiencia puso Morales.

Diego de los Reyes: frío, apático y sin valor... No se le tomó en consideración por la gente, que le dió por reír, y entre bromas y chufas vió desmoronarse a un torero ante dos toros bravos y nobles.

Por los comentarios y las transcripciones,

DON ISTA

PERFILES ORIENTEMONOS

La desorientación, en cuanto en la fiesta de los toros a ganado manso se refiere, nos ha hecho presa de sus garras y nos ha sumido en un mar de incertidumbres.

Constantemente leemos en las reseñas de corridas, a propósito de reses de estas condiciones, frases como éstas:

«El toro, manso, no permite al diestro adornarse, a pesar de sus buenos deseos, y éste se limita a ponerlo en suerte para acabar con él de cualquier forma.»

Contrariamente, en un gran contraste, que nos deja atónitos por la absurda observancia de las reglas taumáticas, suele decir el mismo revisero en la citada narración:

«El cornúpeto, que ha sido fogueado y es un buey de carreta, está ilidiable, pero el matador de turno se hace con él tras unos pases de castigo, inteligentes y toreros, y logra una faena preciosa, llena de filigranas...»

De estas hipótesis nuestras, ahora irreales, pero que suelen presentarse, repetidamente, a lo largo de una temporada taurina, hemos llegado a una conclusión.

En primer término: Un toro manso no tiene lidia posible, según el crítico. El toreo no es arte verdadero. Es ocasional, ya que depende de las condiciones del astado.

En segundo término: Un toro manso, sea cual fuere su mandedumbre, tiene lidia po-

sible, perfecta, ya que así nos lo ha demostrado un torero y, por tanto, en este caso, el arte del toreo es innegable, porque de un toro en que parecía que una faena de muleta no tendría trascendencia, el artista, empuñando muleta y estoque, como el escultor el cincel y el buril, ha consumado una de sus obras maestras y ha relegado lo que en nuestra primera suposición parecía una certeza.

Y siendo así sustentados por una misma persona dos criterios tan dispares, ¿cómo no nos hemos ocupado de su análisis y proscrito aquel que, por su carencia de fundamento, nos perjudica?

Nosotros no hemos de ser los que, atrevidos, deliberemos sobre esta cuestión; no estamos lo suficientemente capacitados. Pero sí exteriorizamos nuestra extrañeza ante descabelladas afirmaciones, invitando a quienes tales hicieron a que rectifiquen.

Es intolerable que un crítico crea que un toro manso no tiene lidia, porque un torero, a quien él considera con el máximo de cultura taurina, no haya sabido consentirle y castigarle hasta sacarle faena, y mucho más intolerable aún que quien conoce, o por lo menos debe conocer, todo lo que concierne y atañe a tauromaquia, escriba, aunque sea de corrido, cosas tan absurdas.

Juan J. GARCIA

PICOTAZOS

Es indiscutible. En el Consejo de Administración de la Nueva Plaza de Toros de Madrid, hay un señor que tiene catorce rabos de lagartijas en la barriga.

¿Quién ha dicho que no es él el mayor enemigo de nuestra fiesta nacional?

¡Ustedes no conocen a Orduña!

Nuestros amigos de «El Karril», sin hipérbole, queridos camaradas, dicen en su editorial de ayer: «Los marrajos de Manso Novillo la han tomado con los nuevos semanarios taurinos. Los sacuden un par de coces literarias con sintaxis de «pastel» y se van a refugiar a su guerdencia.»

¿Pero no sabéis los que hacéis «El Karril» que TAUROS está organizando un homenaje para condecorar un cercero a los marrajos de Manso Novillo?

¿Han visto ustedes un caso de desvergüenza mayor que el de Victoriano de la Serna? ¿Dónde están la cultura y dignidad profesional de este torero? ¿En Madrid? ¿En Vista Alegre? ¿En Aranjuez?

Profetizo que, de seguir así el susodicho diestro, va a tener que utilizar las matriculas de honor para firmar contratos con las Empresas.

No queremos complicaciones. Tenemos un precedente formidable de discreción. Si no fuera por esto, diríamos a «Torero de Triana» todos los fracasos que ha tenido en su vida torera.

A mí que no me vengan con cuentos, que a Rafael Vega de los Reyes y a su apoderado los está tomando el pelo la Empresa madrileña.

Perdone usted, señor Gómez de Velasco, si le digo que todos los que intervienen en la confección de corridas que se celebran en Madrid lo hacen castastróficamente.

Usted es un hombre bueno; pero, ¿quién le habrá metido en estos belenes?

Soy muy amigo de Escriche.

Bueno... No quiero hablar de huevos.

Y que no estoy contento ni «na». Nuestro querido colega «El Karril» nos idolatra con loco frenesi.

Pues no me ha dicho un apoderado, bajito él, regularcito de carnes él, y, al parecer, un émulo de Platón, que no gusta a los toreros que se diga la verdad de sus actuaciones?

Hombre, eso será cuando su poderante tenga una actuación desdichada.

¿Es posible que Escriche, Perogordo y Compañía hubieran perdido tanto dinero en Vista Alegre de haber prescindido de Barrera y de Domínguez?

Me han dicho que un apoderado, más imbécil que Abundio, anda diciendo por ahí que el día que me vea me va a arrancar la nuez y me la va a cascar.

Sepan mis amigos que yo, con los brazos sueltos, soy una máquina voladora.

Estoy a disposición de todos. El que quiera batalla que lo diga.

Sé que mi amigo Serrano está buscando una colocación en Madrid a su poderante «Cagancho».

Pero, Alejandro, hombre, si aquí ya no quieren a Joaquín ni las damas catequistas.

Al señor Arturo Barrera le van a condecorar con la cruz de Puerta Cerrada por haberse hecho cargo de un diestro mejicano.

Reciba nuestra más sincera felicitación el inteligente apoderado.

«Niño del Barrio» sale a cogida por corrida.

«Toreras» ha puesto fecha a nuestra existencia.

Que el colega viva mil años y nosotros mil uno, para asistir a su entierro.

Después de cuyo deseo no me queda sino saludarle y repetirme suyo afectísimo amigo,

AGAPITO

Las corridas de ayer en toda España

En Madrid, en la sexta de abono, se corrió en cuarto lugar un buey tuerto, cojo e ilidiable, que dió lugar a un formidable escándalo y a que se llenara de almohadillas el ruedo, y en la corrida de Tetuán se consagró como enemigo del toro de lidia el propietario de la ganadería, don Angel Rivas :- Lorenzo Garza resultó cogido en Ceuta :- Las corridas de Valencia, Salamanca, Valladolid y Bilbao fueron suspendidas por lluvia

En Madrid

La sexta de abono

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL
(Música de «Pepe-Hillo»)

Vamos a los toros, vamos sin tardar, porque a «Bienvenida» le toca hoy matar; vamos a los toros, vente, niña, ven, que mata «Cagancho» y el Curro también.

Seis toros se corren, que es lo que hay que ver, porque son de Pérez de Concha los seis; lucen pelo negro, lucero, barroso, «pa» que los señores visiten el coso.

Hay en los tendidos gente «conmmil faut», y mucho extranjero de Villamelón; y en los tendidos, y sin numerar, se ven muchas hembras que tiran «pa» atrás.

Entra el presidente y suena el clarín; haciendo de jinete, sale un alguacil; y, por si era poco, sale otro después, y dan una vuelta por el redondel.

ESCENA II

DICHOS Y LAS CUADRILLAS

(Escena muda. El público bate las palmas, las cuadrillas dan un paseito, saludan al presidente, cambian de capote y se diseminan por la escena. A la izquierda del foro se coloca «Morato» metido en un burladero.)

ESCENA III

LAS CUADRILLAS Y PELIGROSO

Peligroso.—Soy barroso, querido, y de poder.
Cuadrillas.—Lo que es eso, amigo, lo hemos de ver.

Hablando

Peli.—¡Vaya si se verá! Y el primer testigo va a ser Camero... ¿Eh? ¿Qué tal?
Camero.—Nada; no me he hecho daño.

Peli.—Porque se metió Cagancho por medio; si no, le hago a usted cisco.

Cam.—¡Fuera! ¡Fuera!
Peli.—¿Quién le mete a usted donde no le llaman? Ni que fuera guardia de orden público... ¡Hombre! De «Bienvenida» si que no esperaba yo un comportamiento de esta clase...

Bienvenida.—Dispensa, pero con este aire no acostumbro a meterme en filigranas.

(«Peligroso» se acerca otras dos veces a los jinetes. Se deja el juego escénico al buen juicio de los actores.)

Cuad.—¿Quieres más?
Peli.—¿Qué he de querer? Eso ofrecéis vosotros, «son» tíos. He sufrido cuatro picotazos sin poderme vengar.

Un «mon».—Pues en el patio de caballos hay un «penco» mortecino.

Peli.—¡Ay! No lo maté yo, fué su destino.

Vargas.—Ahora te voy a poner en el morrillo este par de banderillas.

Peli.—¡Y me voy a dejar yo!

Var.—Aunque te defiendas.

Peli.—¡Ay!

Var.—¡Toma!

(El público bate palmas en honor de Vargas, que cumple bien en su diálogo con «Peligroso». Después ya no gusta en su papel, así como tampoco «Morato» agrada en el suyo.)

ESCENA IV

«PELIGROSO» Y «CAGANCHO»

Dúo

Cagancho.—Con traje rosa y plata me acerco a ti, aunque ya sé que sabes más que Merlin.

Peli.—(Como te acerques mucho te vas a divertir.)

Cag.—Una vuelta por allá y otra vuelta por aquí, y en cuadrándose un poquito ya me pongo de perfil.

Peli.—(Pues lo que es en la primera poco has hecho por he- [rir.]

Cag.—Toma más trapo.

Peli.—¡Cuánto mareo!

Cag.—Pues no te apures y allá va eso.

Peli.—¡Ay, mi pescuezo!

Cag.—Harto lo siento. (Muere el toro)

Nota.—En el estreno se pitó este dúo, sin duda por el mal papel de los actores.

ESCENA V

(Aparece «Ladrón» por el foro, vestido de etiqueta, es decir, de negro. Va de prisa, como si saliera huyendo de una batalla.)

Bienvenida.—Un momento.

Ladrón.—¿Qué hay...? ¡Vaya una noticia!

Bien.—Le he obsequiado a usted con cinco verónicas.

(Hay palmas, que los espectadores envían a «Bienvenida».)

Los de tanda.—Tenemos unos encarguitos para usted.

Lad.—Vengan. ¡Ay!... ¡Qué bárbaros! Qué malos son ustedes. Me duelen las espaldillas.

Picador.—¿Se le ofrece a usted algo más?

Lad.—¡Vayan ustedes al demonio! Bastan cuatro malas razones.

(«Ladrón» ha tenido una escena muda con «Bienvenida», Curro Caro y «Cagancho». La ovación tributada a los dos primeros espadas ha sido de las que quedan grabadas. «Cagancho» ha escuchado palmas en su papel.)

Bien.—Le voy a poner a usted un par.

Lad.—Muchas gracias por la enorme ejecución.

Bien.—A ver estos otros dos.

Lad.—¿Qué tío más grande. Le he tenido a usted a un centímetro de mi cabeza.

(Cada intervención de «Bienvenida» se premia con una ovación, por lo agradable que resulta su trabajo.)

ESCENA VI

«LADRÓN» Y «BIENVENIDA»

(Este, con el mismo traje que en el resto de la obra: azul y oro)

Lad.—Uno que se acerca; me alegro. ¡Cáspita! Pues se pone a tiro de asta y no le puedo enganchar.

Bien.—Porque soy un artista. Toma, tres naturales y uno de pecho, colosal.

Lad.—Es usted un coloso.

Bien.—Toma tres naturales más. Ahora uno de pecho. ¿Te gusta este afarolado?

Lad.—Enorme, señor.

Bien.—Ahora, toma.

Lad.—¡Ay!

Bien.—Me he mojado hasta los dedos, porque me he tirado bien.

CORO GENERAL

Pues se repite la fiesta cuando guste su merced.

(Rompe el pueblo en vítores. El artista recorre el escenario, exhibiendo dos trofeos que le han sido adjudicados.)

ESCENA VII

«MEDIA LUNA»

Romanza

Quando, infelice, voy a morir, recorda quiero que no sufrí.

Yo fui muy negro, bragado y mansón, con ojos oscuros y en la cara un sol.

Buscando bullanga al ruedo salí y con los caballos fui más que infeliz.

Tomé cuatro varas, sin saber por qué; me puso «Parrita» medio par no bien.

Moreno, uno justo, y paso seguro, a charlar un rato con el joven Curro.

Curro, de rosa y oro, me trató muy bien, pues me dió buenos pases y una chipén.

Y voy a morirme sin necesidad, porque ya no tengo nada que hacer más.

(«Media luna» ha hecho un papel de buey. Curro Caro ha escuchado muchas palmas en su difícil papel de director.)

ESCENA VIII

DICHOS Y «ARTILLERO»

Artillero.—Soy muy chiquitín. Espectadores.—¡Fuera! ¡Fuera! («Artillero» hace un papel ridículo y se le obliga a retirarse.)

ESCENA IX

CUADRILLAS Y «BUEN MOZO»

Hablando

Buen Mozo.—Me parece que tengo mejor presencia que «Artillero». Pero mi propietario, José de la Cova, no quiso llevarme nunca al oculista, y por este motivo tengo un defecto en la vista. Mi pata izquierda está lastimada de una caída...

(Los espectadores se meten con «Buen Mozo», porque no está en condiciones de salir al escenario, y porque es imposible con tantos defectos pueda desempeñar medianamente su papel.)

(Los amigos de «Buen Mozo» quieren que éste continúe en escena, y se arma un formidable escándalo. El escenario se llena de almohadillas, y la bronca es ensordecedora.)

Buen Mozo.—¿Qué habré hecho yo, Dios mío, para sufrir esta batalla!

Espectadores.—Que no ves y eres cojo. ¡Fuera! ¡Que se vaya!

(El escándalo va en aumento. Vuelve a llenarse de almohadillas el escenario. Los espectadores, en su justificada protesta, exhiben las localidades y piden que les sea devuelto el dinero.)

Buen Mozo.—Mientras vosotros protestáis yo estoy sufriendo barrrenazos por todo mi cuerpo.

Morato.—Pues yo, entre esta lluvia de frases desagradables, te voy a colgar cuatro palos.

Vargas.—Y yo uno, si puedo.

ESCENA X

«BUEN MOZO» Y «CAGANCHO»

Cagancho.—Yo soy un gitano fresco, que, amparado en lo que por ti está ocurriendo, te voy a dar un pase y te voy a pinchar en el pescuezo.

Buen Mozo.—¡Hombre! Voy a pedirle una explicación de su conducta. Aunque reparado de la vista y cojo no merezco que usted se porte tan malamente conmigo.

Cag.—¡Que no! ¡Toma varios pinchazos sin estar en suerte!

Buen Mozo.—Tú no eres un torero; eres un pinchavvas, y no te pongas delante de mí, porque te voy a dar un disgusto.

Cag.—¿Sí? ¡Pues toma media a la media vuelta.

Buen Mozo.—¡Me reventó!

CORO

Es él un gitano de mucho miedo; no hay otro torero que valga menos.

ESCENA XI

AQUÍ ESTÁ UN «HORMIGUITO» NEGRO Y CORNALÓN

Cuadrilla.—Pues eso segundo no le hace a usted [honor.]

Hormiguito.—¿Puedo tomar algo?

Cuad.—¡Hierro! ¿Quiere [usted?]

Hor.—Sólo cuatro píldoras, pues me siento bien.

Bien.—Corra usted un poquito.

Curro.—Corra usted algo [más]

Hor.—Vamos, ésta es gente de formalidad.

Band.º 1.º.—Un adorno ahora.

Hor.—Mil gracias, y mil.

Band.º 2.º.—¡Y otro!

Band.º 3.º.—¡Y otro!

Hor.—¡Bueno estará así!

Bien.—Al trapo.

Hor.—En seguida, veo donde está.

Bien.—¿Sí?

Hor.—Sí, ya le veo; no se acerque más.

Bien.—Con un pinchazo y un descabello,

¿No se muere usted? [cho,

Hor.—Hombre, si es capricho, le complaceré.

(Al terminar la escena el gran actor «Bienvenida» escucha nutridas palmas.)

ESCENA ULTIMA

TODOS Y «PENSATIVO»

Mono 1.º.—Parece un becerrillo.

Arenero 2.º.—Y corto de pitones.

Mono 2.º.—El pelo es, como la mayoría de los hermanos, negro.

Arenero 1.º.—Y, aunque pequeño, es corbarde y busca la dehesa.

Arenero 2.º.—Mirar cómo salta la barrera.

Arenero 1.º.—No quiero ver los caballos.

Mono 1.º.—Otra vez se ha metido en el callejón.

Mono 2.º.—Como te tuestan la piel.

Mono 1.º.—Es que es manso de solemnidad.

Arenero 1.º.—¿Cómo pasa de muleta Curro Caro! Es un prodigio.

Arenero 2.º.—Y mete el pie para doblar a la res.

Mono 2.º.—¡Y cómo ha entrado a matar!

Mono 1.º.—¡Vaya palmas que le dan!

Arenero 2.º.—Se las merece.

El toro (moribundo).—¡Si yo volviera a nacer! Porque, es claro, ¡ahora lo comprendo todo!

Juicio crítico de la zarzuela

Pesada, por culpa de los actores enviados por don Tomás Pérez de la Concha y por el sustituto ofrecido por don José de la Cova.

TOLEDANO

En Tetuán

SEIS NOVILLOS ILIDIABLES DE DON ANGEL RIVAS

Yo supongo que la Empresa de la plaza de Tetuán al comprar los seis novillos a los señores Nogales y M. Mejías, hoy propietarios de la ganadería que fué de don

Angel Rivas, creería que se llevaba seis bichos de lidia. Pero, sí, sí. Los actuales propietarios enviaron unos bichos ilidiabiles, feos de estilo, sin casta, sin nervio, echando las patas por alto, no acudiendo jamás al engaño...

En fin: unos novillos (?) que debieron haber sido enviados, con toda rapidez, al matadero.

¡Se han lucido ustedes, señores Nogales y M. Mejías!

Poco, pues, tenían que hacer los diestros con este ganado; sin embargo...

«Varelito Chico».—A fuerza de valor, exponiendo la vida constantemente, toréó con el capote, a su primero, con buen estilo, arrancando aplausos nutridos.

Con la muleta a este bicho le hizo una faena de valiente, consiguiendo sacar algunos pases por bajo y otros por alto que se ovacionaron.

En su segundo—el único un poco lidiabile—, Bonifacio Fresnillo se ajustó lo inverosímil en unas verónicas excelentes. Luego hizo un quite por chucielinas, con sabor de figura del toro.

Brindó al público y, muy decidido, se fué al novillo y le dió tres muletazos por alto, barriendo los lomos del animal; cuatro inteligentes pases por bajo y algún molinete de buena factura.

Quando cuadró el bicho entró con ganas y dejó un pinchazo en buen sitio; repitió y dejó una estocada, que por encogerse el morlacho no fué de efecto rápido.

Se ovacionó con entusiasmo a «Varelito», dió la vuelta al ruedo y hubo petición de oreja.

García Barrera.—No son, precisamente, los novillos (?) que se corrieron el domingo en Tetuán los más adecuados para que luzca su toreo García Barrera. Pero como el mejicano—a juicio mío—tiene unas condiciones excelentes para ganar dinero en abundancia en el toreo, después de instrumentar una serie de verónicas modelo de temple y quietud a su primero, en el quinto de la tarde dió un curso de conocimiento, de inteligencia, de arte y de dominio con la muleta, que, hoy por hoy, muy pocos novilleros pueden aventajarle.

A los buenos aficionados les gustó extraordinariamente la gran faena de muleta de García Barrera en su segundo enemigo.

Yo creo que si la espada le hubiese acompañado, el triunfo sería de los que hacen época, pues en estos bichos es, precisamente, donde el que tiene la camba, y Barrera la cambió el día de su debut y ayer estuvo a punto de cotizarla en alto precio.

Bienvenido Sánchez.—Nuevo en la plaza y natural de Palma del Río (Córdoba). Es un equivocador. Buena voluntad y una supina ignorancia.

Los subalternos.—Dos ovaciones grandes y merecidas oyó «Pepe-Hillo», que en la tarde de ayer quedó consagrado como un verdadero maestro de la brega y las banderillas. No le fué a la zaga el formidable «Orteguita», siempre eficaz con el capote y facilísimo como rehiletero, y «Andalucé», que compitió lucidamente con los dos «ases» nombrados, en banderillas, y oyó muchos aplausos al correr a los toros.

A. CERNADAS

EN PROVINCIAS

EN CEUTA

Toros de Villamarta, para «Niño de la Palma», Garza y Domínguez

CEUTA.—Los toros de Villamarta, pequeños y mansos.

«Niño de la Palma», que tuvo que matar cuatro, estuvo bien.

Domínguez, regular y bien. No pudo matar el último, que le correspondía por el percance a Garza, por haberse lesionado en una mano.

Garza resultó cogido en su pri-

mero al dar un pase de muleta, pasando a la enfermería conmocionado.

EN PALMA DE MALLORCA

Toros de Villamarta, para Lalandia, Barrera y Ortega

PALMA DE MALLORCA.—Los toros de Villamarta cumplieron.

Marcial, oreja en el primero y bien en el segundo.

Barrera, bien.

Ortega, bien en el primero y oreja en el segundo.

EN BARCELONA

Dos novillos de Soler, para Simao da Veiga, y seis toros de Corandi, para Fuentes Bejarano, «Pedrucho» y «Carnicerito de Méjico»

BARCELONA.—Los novillos de Soler, buenos. Simao da Veiga, bien.

Fuentes Bejarano, valiente en los dos.

«Pedrucho», bien en su primero. Al entrar a matar se cortó con el estoque, pasando a la enfermería, no volviendo a salir al ruedo.

«Carnicerito de Méjico», superior toreando y banderilleando. Mató bien a su primero y superior al segundo. (Vuelta y petición de oreja.)

EN ALMERIA

ALMERIA.—Novillos de López Plata, regulares.

Mariano Rodríguez, regular en sus dos toros.

Andrés Mérida, superiorísimo en su primero; cortó dos orejas y el rabo. En su segundo formó otro alboroto; dió la vuelta al ruedo, con petición de oreja.

«Chicuelo II» no pasó de regular.

EN PONTEVEDRA

Novillos de Cobaleda, para Sacristán Fuentes, Matías Martín y Serrano

PONTEVEDRA.—Los novillos de Cobaleda, buenos.

Sacristán Fuentes, Matías Martín y Serrano, cumplieron.

EN SEVILLA

Novillos de Pérez de la Concha, para Pazos, «Moratello» y Márquez

SEVILLA.—Los novillos de Pérez de la Concha, buenos.

Pazos, bien. «Moratello», bien y oreja.

EN CUENCA

CUENCA.—Los novillos de Buenabarba cumplieron.

«Magritas», hijo, regular en uno y bien en otro.

«Chico de la Botica», aceptable.

«Frutitos», bien.

EN JAEN

Novillos de Pellón, para «Niño de Haro» y Ramón Montes

JAEN.—Los novillos de Pellón, buenos.

«Niño de Haro», bien en el primero y superior en el segundo, del que cortó una oreja.

Ramón Montes cumplió.

EN VALENCIA

«Niño del Barrio», «Venturita» y «Rafaelillo», con novillos de Atanasio Fernández

VALENCIA.—Los novillos de Atanasio Fernández, buenos, menos el sexto, que fué fogueado.

«Niño del Barrio», bien en uno y muy bien en el otro. Cortó una oreja.

«Venturita», regular y bien. Cortó una oreja.

«Rafaelillo» cortó una oreja a su primero y estuvo valiente en el último.

EN ZARAGOZA

Toros de Perogordo, para Solórzano, Noain y Ballesteros

ZARAGOZA.—Los toros de Perogordo, buenos.

Solórzano, desafortunado; dos avisos.

Noain, bien en los dos; orejeado.

Ballesteros, mal toreando y peor matando. Escuchó un aviso.—Arroyo.

EN MONTPELIER (Francia)

Novillos de Pouly, para Figueret y Bartolomé Guinda

MONTPELIER (Francia).—Los novillos de Pouly, buenos.

Figueret, bien y regular.

Bartolomé Guinda, monumental en todo. Cortó cuatro orejas y dos rabos y fué sacado en hombros. Contratado nuevamente.—Arroyo.

VARIAS NOVILLADAS

EN TARRAGONA

Novillos de Nicanor Villa, para Bartolomé Guinda y «Chatet de Valencia»

TARRAGONA.—Los novillos de Villa, bravísimos.

Bartolomé Guinda toreó a sus dos toros enormemente. Con la muleta estuvo colosal, siendo aclamado en las dos faenas que realizó. Mató superiormente. Cortó las orejas y rabos de sus dos novillos.

«Chatet de Valencia», superior en uno y bien en otro.

Bartolomé Guinda fué llevado en hombros hasta el hotel.

y superior con la muleta y al matar. (Ovacionado.) «Chicuelo II», bien.

Un gran triunfo de la señorita Carmen Marín

VELEZ BLANCO.—Los novillos de Ramírez, bravos.

Carmen Marín obtuvo un triunfo enorme toreando; con la muleta estuvo superior, escuchando constantes ovaciones. A la hora de matar coronó las magistrales faenas de dos estocadas superiores. Cortó dos orejas y rabo.

Juanito García cortó dos orejas. Fueron contratados nuevamente.

ALCALA LA REAL.—Novillos de Ramírez, bravos. Vicente Gómez y la señorita Julia Alocén, cortaron orejas.

VELEZ RUBIO.—Los novillos cumplieron. El rejoneador Simao da Costa, superior. Leonar Rivera, cortó una oreja. Ramón Montes, dos.

ALMADOVAR DEL VALLE.—Se lidiaron novillos de la tierra, que fueron bravos. Figueroa la Rosa, superior. (Oreja.) «Niño de Ronda», bien.

ALMADEN.—Los novillos de Buenabarba, cumplieron. Mariano García, muy bien con el capote



Pepe Bernal, de Huelva, joven y excelente novillero, que, a no dudarlo, será este año figura destacadísima de la torería.

Pepe tiene valor, mucha afición, torea estupendamente con la capa y la muleta y domina la suerte suprema

A este torero, señores empresarios, hay que darle corridas, en la seguridad absoluta de que Pepe Bernal se ganará la repetición con su arte personalísimo y su valor consciente.

Contra algunos corresponsales

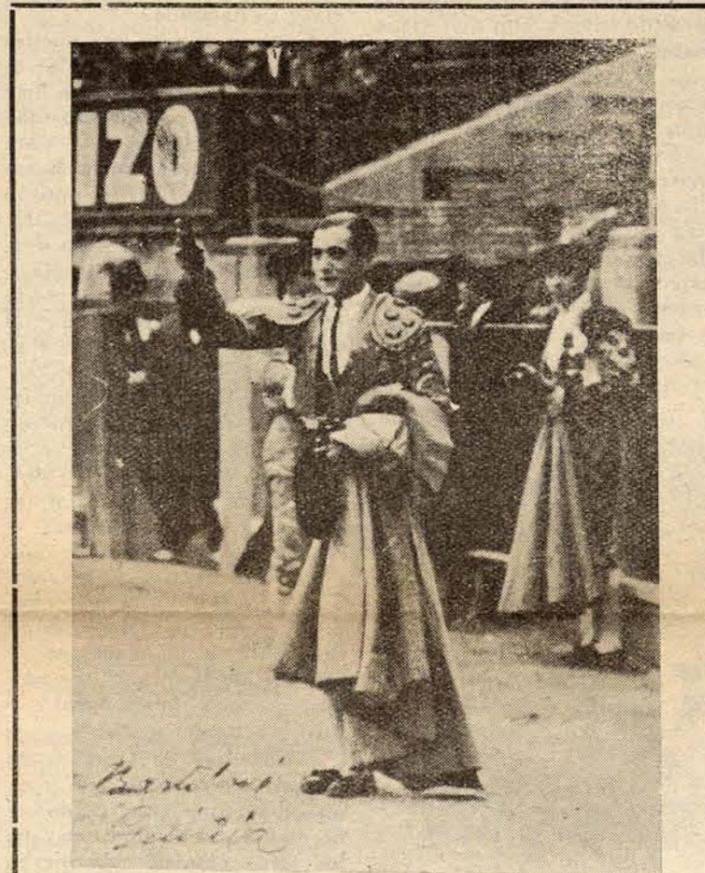
Nos obligan a escribir las presentes líneas la falta de formalidad y buena fe de determinados corresponsales que explotan el crédito de las Empresas periodísticas. Estos individuos, contra los cuales va nuestra censura, son aquellos que retardan indebidamente el cumplimiento de sus compromisos, o lo que es peor, simulan pedidos de periódicos que nunca satisfacen, y cuya censurable conducta se hace sorda a todas las reclamaciones.

El castigo, según se nos dice, habría de consistir en publicar en todas las ediciones los nombres de los mismos y su procedencia, a fin de lanzarlos a la censura del público, y que tal proceder sirviera de escarmiento a las Empresas, a fin de no confiarles jamás, y en modo alguno, tan respetables intereses.

Fuerza es que la cizaña no se confunda con el buen trigo, y que la industria periodística no se halle a merced de repetidas informalidades y explotaciones de oficio.

POR HABER OCURRIDO UNA AVERIA EN LA MAQUINA DONDE SE IMPRIME «TAUROS», NOS HEMOS VISTO FORZADOS A DAR NUESTRO NUMERO CON UNAS HORAS DE RETRASO.

FIAMOS EN QUE NUESTROS LECTORES ASIDUOS SABRAN DISCULPARNOS AL COMPRENDER QUE CAUSA MAYOR FUE MOTIVO DE LA NO APARICION OPORTUNA DE ESTE NUMERO DE «TAUROS».



26 DE MAYO DE 1935

Fecha memorable para BARTOLOME GUINDA. En la fotografía, el gran artista exhibiendo los trofeos concedidos por el público de la plaza de Tarragona, en premio a las grandes faenas realizadas por el bravo novillero aragonés, que ha puesto en la piblación catalana PERSONALIDA Y SELLO DE TORERO CARO, y que esta temporada se colocará a la cabeza de la grey novilleril.

Su labor con el capote fué puro reflejo de esa facilidad de los GRANDES GENIOS DEL TORERO; los tres pares de banderillas, de ejecución distinta, que colocó a su primer novillo fueron un portento de belleza; y las dos inenarrables faenas de muleta, amenizadas por la música—a base de naturales con la izquierda y realizadas en los medios—las coronó con dos estocadas formidables, que hicieron desbordar el entusiasmo de los espectadores.

He ahí por qué Bartolomé Guinda es el novillero que más interesa actualmente a los públicos.

Ayer Bartolomé Guinda obtuvo otro triunfo enorme en Montpellier (Francia), donde fué aclamado por el público, que le llevó en triunfo hasta el hotel.

Por esto, una importante Empresa de Francia se ha apresurado a contratarle para tres novilladas en distintas plazas.

Del banquete-homenaje al señor Escriche

En contra de nuestra voluntad, y aun a la del propio interesado, el homenaje que tenía proyectado TAUROS, como tributo de admiración al batallador y entusiasta empresario de la plaza de toros de Vista Alegre, don José Escriche—homenaje que sirva, siquiera, de compensación a su probado desvelo por lograr auge a la fiesta—, nos vemos precisados a demorar el susodicho proyectado homenaje, que ha de celebrarse en fecha próxima, en uno de estos días de junio actual, fecha que se señalará oportunamente, tan pronto como el referido señor Escriche nos comunique «está libre» del agobio de las actividades como ahora le ocupan.

Las corridas de San Fernando en provincias

EN TERUEL

Inauguración de la plaza

TERUEL.—Con lleno completo, y lidiándose toros de Vicente Martínez, se ha celebrado la inauguración de la plaza.

Primero. Villalta veroniquea sin pena ni gloria. Muleta luego valiente y deja una estocada. (Ovación y oreja.)

Segundo. «Armillita» toreó de modo estupendo y luego pone tres pares de banderillas a los acordes de la música. Muletea valiente por naturales, de pecho, con rodillazos y tocaduras de pitones. Deja un pinchazo bueno y una estocada enorme. (Gran ovación, orejas, rabo y vuelta.)

Tercero. Ortega es ovacionado al torear con el capote. El toro es un verdadero criminal; pero Ortega no se amilana y consigue hacerse con él. Logra que el bicho cuadre, y deja media, que basta. (Ovación al dominio del gran artista.)

Cuarto. Villalta intenta veroniquear, sin conseguirlo. En un quite se ovaciona a Ortega. Nicanor toreó con muchas precauciones y da un pinchazo feo y una estocada.

Quinto. «Armillita» arranca muchos aplausos con la capa. (Ovación.) En quites, uno torerísimo. Luego pone un par de banderillas al cuarteo y dos al sesgo inmensos. (Ovación grande.) Brinda en los medios y hace una faena formidable, con pases de todas las buenas marcas, entre oles y aplausos.

Entra a matar con decisión y deja una gran estocada. (Ovación, las dos orejas, el rabo y el delirio.)

Sexto. Manso y difícil. Ortega arranca aplausos con el capote. Con la muleta realiza una faena dominadora y valentísima, y logra hacerse con el bicho. Termina de una estocada, y escucha una gran ovación.

EN CACERES

«Niño de la Palma», «Maravilla» y Curro Caro, con toros de Palha y tres de Antonio Tabernero

CACERES.—La entrada, buena. Primero.—«Niño de la Palma»

lancea inteligente, y como el toro está peligroso, desiste. Muletea brevemente y da varios pinchazos.

Segundo. «Maravilla» toreó a la verónica. El toro es manso. «Maravilla» hace una faena cerca. Da pases por alto y de pecho valentísimos y deja un pinchazo bueno y un descabello.

Tercero. De Palha y manso. Curro Caro intenta lucirse, pero el bicho no está para filigranas. A fuerza de acosarle logra algunos muletazos excelentes, y termina con media buena. (Ovación al diestro, que ha estado valiente de veras.)

Cuarto. «Niño de la Palma» da varios lances, y como el público le chillaba desiste de seguir toreándolo. Con la muleta da pocos pases y deja una estocada.

Quinto. Para Curro Caro. El madrileño instrumenta una serie de verónicas finísimas de temple y quietud que se jalean. Luego hace un quite con sabor de torero cumbre.

Con la muleta realiza una faena inmensa, dando pases de todas las marcas. (La música toca en honor del artista.) Sigue Curro Caro valiente y torero, y da pases por alto, de pecho, naturales, molinetes y de la firma. Entra a matar y deja una buena estocada, de la que rueda el toro sin puntilla. (Ovación, las dos orejas, el rabo y varias vueltas al ruedo.)

Sexto. «Maravilla» lancea estupendamente. Con la muleta hace una faena torera y valiente, y al dar un pase, de tanto apretarse, sale prendido. Se levanta y, más valiente que antes, deja una estocada y se le ovaciona calurosamente.

El ganado de Falha, pésimo; el de Tabernero, bueno.

EN VALENCIA

Jaime Pericás y «Niño del Barrio», mano a mano, con ganado de Natera

VALENCIA.—Con lleno absoluto se ha celebrado el mano a mano entre Jaime Pericás y José Vera «Niño del Barrio».

Pericás y «Niño del Barrio» no pasaron de regulares.

NUESTRO CUENTO

COMPENSACION

La gradería toda, tendidos y demás localidades de la gran plaza, presenta aspecto de animación notable por la masa compacta de público como la llena, expectante ante la corrida de carácter extraordinaria a celebrarse.

Desfile de cuadrillas.

Una pita ensordecedora, cual si todos los espectadores se hubieran puesto de común acuerdo, retumba en el espacio. El torero a quien va dirigida tan violenta salutación, sin necesidad de que nadie tenga que decirse, y sin que haya error o equivocación alguna en la alusión, dáse él mismo por muy aludido. Por eso, cabizbajo, en actitud discreta, mohino, va haciendo el paseíllo, oyendo, imperturbable, la pita, casi ensordecedora, con que se le recibe.

El motivo de semejante actitud del público no es otro que el recuerdo de la reciente actuación de aquel torero, quien tuvo tarde desastrosa, de deslucimiento, de apatía, de desgana, de medrosidad, impropia a su categoría, a su postín de lidiador de tronío.

Las primeras palmas sueñan un poco débiles; empero, concluyen por sonar fuertes, al irse sumando y ahogando los pitos de algunos intransigentes espectadores...

En el tercio de quites, con mayor voluntad, valor e, incluso, audacia, el torero vuelve a lancear al toro, promoviendo ya, no sólo aplausos, sino gritos, exclamaciones de entusiasmo, estallando, al remate de la intervención, la ovación, que es ahora unánime, como unánime lo fuera la pita con que se le recibiera antes al torero.

El público ya ha olvidado su rencor, su rabia, su decepción... ante los propósitos firmes, decididos, con que viene dispuesto el torero para, esta vez, al lograr un éxito, resarcirse del desastre de su actuación o actuaciones anteriores.

Tercio de banderillas: requiere el maestro los garapullos a sus subalternos, para actuar también él, a fin de agradar al público que, ya sin regateo alguno, le está alentando.

Se muestra hábil, maestro y valiente, como rehiletero, el



Por esto, naturalmente, los aficionados, los espectadores, que tan decepcionados se sintieran en corrida anterior, no pueden contener su rabia; y, no contentos aún con lo que en aquella tarde dijeran, gritaran al torero ése, hoy vuelven a arremeter contra él; más que por otra cosa, quizá porque la víspera lo habían poco menos que echado de la plaza, en unánimes exclamaciones de «¡Que se vaya!, ¡que se vaya! ¡Que no vuelva más!» Y, a pesar de ello, en corrida siguiente tiene la osadía de volver el torero ese...

Pita de desaliento.

Empero, el torero, herido en lo más sensible de su dignidad de artista y... de hombre, esta tarde ha venido decidido a resarcirse de su fracaso reciente.

La corrida dió su comienzo.

Ya está ahí el torero que fuera objeto de ese recibimiento desagradable por parte del público.

Los primeros lances...

Un sisear de guasa entre cierto sector de los espectadores; en contraposición, otro sisear serio, como de imposición de silencio, de otro sector.

El torero, con mucha decisión, va al toro, y tras los lances de tanteo vienen los garbosos y vistosos...

torero espada en turno.

Las ovaciones se suceden. Caldeado el ambiente, llega el tercio final.

El torero, en medio mismo del ruedo, desde el centro de la plaza, provisto de muleta y espada, brinda al público todo.

Este bate unas palmas ante la cortesía del torero y, expectante, espera cómo cumplirá...

Faena lucida, rabiosa, enjundiosa, en principio; después, garbosa, vistosa, variada; y, por remate, la gran estocada.

Un clamor loco compasó el ritmo de cuantos pases ejecutara el torero. Ahora, caído el toro, muerto—tras de haber sido dominado para el lucimiento del torero—, herido de certera estocada, ese loco clamor estalla en un entusiasmo ensordecedor, en forma de ovación formidable, que, de pronto, cesa al dejarse de batir las manos, para flamear los pañuelos en petición unánime e insistente, del galardón del triunfo para el torero; quien, brazos en alto, junto al toro vencido y caído, responde en actitud gallarda a todo ese entusiasmo que promoviera su acertada actuación...

Compensación justa, legítima a su tarde triunfal, que borra fracasos anteriores...

ANTONIO

Carta del célebre maestro Salvador Sánchez (Frascuero) al señor Nicanor Villalta

(De junto a los cielos, día 19 de mayo de 1935)

«Bien sabe Dios y la Virgen querido Nicanor, que más que por la salvación de mi alma y la limpieza de mis «pecaos», ruégoles todos los días a «dambos» por la «salú» de tu cuerpo en los días de «corría». Peinaba un compañero mío de profesión las canas de cuarenta y dos años y continuaba la afición y los «cuartos» por seguir toreando, cuando un «mardecío achoreado» le chorreó su cuerpecito de sangre, y «ende» entonces comprendí que los toros no respetan a la vejez, ni tienen corazón «pa» las «disgracias». ¿Estamos?

Consejo es éste que puedes tomar por donde te duela; es decir, por las arrugas que luce ya tu cuerpo, por los años que le han «desclareció» la vista y la «farta» total de hechuras y facultades que no podrán seguir arrastrándote a los toros «pa» que ellos, a su vez, te arrastren a la enfermería... ¡Anda y que pisen ese cuarto frío, por arrimarse con la muerte, y húmedo con la sangre de nuestras entrañas, toreros nuevos, que bastante tiempo lo has «visitao» tú con más probabilidades de morirte que escapásete el valor, siempre en ti grande, por las aberturas de tus «herías».

¡Ay, Nicanor, y cómo «juyen» los tiempos y se cambian y trastornan como nubes de este cielo que, al sucederse de continuo, ninguna es lo mismo que la otra, y, sin embargo, presentan «toas» la misma semejanza!

Recuérdote de aquellos en que el toreo era un arte y no un oficio, una gran verdad y no una especulación; en que los toros comían más hierba que nosotros cobrábamos «guita», y con cuyas monedas apenas teníamos «pa» comprar hilas con que «argodonar» nuestras carnes, «irle» así echando «medias suelas» a nuestra existencia. Arrancaban del toril miras más «oscuros» que tormenta y con más «herramientas» que un elefante; enganchaban a los caballos llevándolos a «los medios»; se escurrían «abantos» por junto a las «vallas» buscando «carne» que morder; defendíanse en los tableros a la hora fatal «pa jacer» colas en las taleguillas, y había que pasarles el corazón «pa» amistarlos con la muerte.

Y «aluego», el público era peor que «tóos» los miuras juntos.

Si tomábamos el olivo nos gritaba; si hacíamos un extraño, nos llamaba cobardes; si nos defendíamos, las palabras más gruesas insultantes escupían de su boca... los pases con la derecha, silbados; los de pecho «con recurso», «escupíos»; los volapiés, mal «consideraos». Que la estocada buscaba los brazuelos... ¡cuántas frutas del tiempo y otros comestibles buscaban nuestra «presona»!... Y ya era el silbido que aullaba, la voz que escarnecía, el golpe que acardenalaba nuestro rostro y la gritería y la bulla que atronaban nuestros «sentíos», los que formaban del «recon-

del» un rastro y de nuestras personas el blanco de «toas» las rabias.

Asústanse hoy los «aficionados» porque un torero se para; lloran los pobrecitos de emoción por cuatro capotazos, y a las puertas del telégrafo se «ajuntan» «pa» esperar que sus alambres traigan la palabra «recibir».

¡Cómo «juyen» los tiempos, vuelvo a repetirte, y cuánto diera porque lo que va de siglo y quince años del anterior se «golvieran» atrás; que a la plaza había de volver, y al público habría de enseñarle cómo se matan ciertos toros de «confitura»!

Pero más vale que descansemos en paz; tú en las orillas del Ebro, y yo, junto a estás puertas de la gloria.

Como el «melitar» que «allega» de la guerra lleno su pecho de cruces, tú llevas tu cuerpo «señalao» de los toros. «Ende» estos sitios te miro, a veces serio y «rezogante», pasear por la calle de Alcalá; tú enhiesta y elevada figura se destaca de los demás de tu oficio. Cuando los chicos te divisan, corren presurosos a contemplarte; cuando alguien te saluda lo hace con respeto... Las gentes del oficio te dan el tratamiento de «señó» y hasta te pondrían «Don» y «Silustrísima», si eso se estilara entre nosotros. ¿Qué significa esto, Nicanor?

Que vives como los planetas «apagaos», con «toa» la majestad de los que fueron; que has «mirao» en las plazas más por tu «dignidá» que por los cuartos, y que tus ahorros responden al valor de tu pecho y a la vergüenza de tu alma. Tus pases han «sío» ceñidos y de brazos; tu capote, «ronzal» de «sea» «pa» los pitones, y tu brazo derecho un rayo de la «eterniá»... Abiertas tus «herías», te has lanza-

do a las fieras «pa» que te las abran más; y cuando la punta de tu estoque ha «jecho» raya en la arena, junto a ella han «encontrao» muerte los toros, y tú la fama de tu valor y el respeto de tu nombre.

Puedes descansar tranquilo. Si, «enamorado» todavía de las palmas, quisieras ir a buscarlas «a onde» se dan cornadas, puede ser que te pasara como a los viejos en «amoríos»: que pierden, junto a su hechizo, la «seriedá» de su carácter, y a la hora de la «verdá» acométenle los sudores de la demencia.

Tu historia está ya hecha; tu nombre «inscrito» en los papeles de la fama; la sepultura, respetándote, porque la muerte tiénele miedo al valor, y un «agujerito» de la «eterniá» esperándote, junto a mi vera, «pa» cuando en ésa cierres los ojos.

No te acuerdes ya de pasados belenes, y vete de los toros cuanto antes.

Y, cuando en noches tristes del oscuro invierno; cuando a la escasa luz de la chisporreante llama, sentado cerca de tu brasero, vuelve tu imaginación recordando las glorias de tu ejercicio, y aun crea tu vista refocilarse con la presencia de mujeres que te aplaudían, vuelve a pensar que los amores se te han «marchao» con tus aplausos, y que la vida, como la brasa que te caldea, es lumínar que aparece, rojo fuego que al pronto quema y ceniza después que el olvido la abandona o el viento la esparce en presurosa corriente.

Mucha «terminología» me dirás que he «aprendío» «ende» que me vine a estos barrios... No te extrañe... Hasta el más inocente aprendiz se vuelve desde estas alturas «cateátrico»...

Tuyo siempre hasta que Dios disponga,

SALVADOR.»

ECOS TAURINOS

En breve hará su debut en la plaza de Murcia José Bernal, de Huelva.

Tenemos de él las mejores referencias, y hasta un querido camarada nuestro afirma que se trata de un nuevo valor taurino, que dará tardes de esplendor a la fiesta brava.

¡Ojalá sea así! Falta hace que salgan «pegando».

Vaya por delante nuestro deseo ferviente de que Pepe Bernal triunfe clamorosamente en Murcia, que será la ruta de una jornada taurina excelente. ¡Adelante y mucho valor, Pepe Bernal!

*

Mariano Beleña, el novillero madrileño considerado como formidable muletero, va a debutar pronto en la plaza de Vista Alegre.

Tenemos la seguridad de que Beleña confirmará el «car-

tel» que le hacen los que le han visto torear.

*

¿Será don José Escriche, el benemérito de la fiesta de los toros, el verdadero catador de noveles?

Falta hace. Hay que dar paso a los que empiezan. En los muchachos desconocidos está la cantera de las grandes figuras.

*

Señor Escriche: Mariano Beleña y Pepe Bernal, de Huelva, pueden ser figuras del toreo. Ayúdelos usted y completará su magnífica obra realizada en pro de la fiesta nacional.

Para anuncios

dirigirse al Administrador, SR. TOLEDANO

Calle de Pedro Unanue, 18

Noticias

Cuadro de TAUROS

Las corridas de agosto en Bilbao

Día 18: seis toros de Pablo Romero, para Barrera, «Armillita» y La Serna.

Día 19: ocho toros de Villamarta, para Barrera, Manolo «Bienvenida», Ortega y La Serna.

Día 20: seis toros de don Félix Moreno, para «Armillita», «Bienvenida» y Ortega.

Día 21: seis toros de Domecq, para Barrera, «Armillita» y Ortega; y

Día 25: seis toros del conde de la Corte, para «Bienvenida», La Serna y Jaime Noaín

*

El día 29 de junio, en Zamora, con motivo de la feria se lidiarán seis toros de Trespalacios, para «Armillita», Ortega y Garza.

*

El día 14 de julio, último día de feria en Pamplona, se jugarán seis toros de Pérez Tabernero, para «Armillita», Ortega y Curro Caro.

*

En Madrid, el día 11 de julio, se celebrará la corrida de la Prensa con ocho toros aún no designados, para Marcial La anda, Barrera, Manolo «Bienvenida» y Ortega.

EN ZARAGOZA

Con escasa concurrencia y tiempo desahogado, se celebró la novillada a beneficio de la Asociación de la Prensa.

Antonio Fuentes despachó, sin pena ni gloria, un bravo becerro de «Villita», del que recibió un serio revolcón al intentar banderillearlo al cambio. Fué ovacionado al aparecer en el ruedo y al terminar su labor.

A continuación, Angel Fuentes y Rafael Ortega—no Gómez, como en los carteles figuraba—se las entendieron con cuatro novillos de la misma ganadería, que, como el primero, dieron excelente juego.

Ni el hijo de don Antonio ni el sobrino del coloso de Gelves llegarán a la mitad de lo que ellos fueron, juzgando por lo que han hecho en la tarde de su debut en Zaragoza.

Lo mejor de la corrida cuatro lances inmensos al último del novillero local Blas Escriche, que actuaba de sobresaliente. No es posible «hacer el toreo» con más quietud, temple ni mando. Ahí quedarán para unos días hasta que otros los mejoren.

Entre una lluvia torrencial se desencajonó la corrida de Perogordo, que ha de lidiarse el próximo domingo.

Gustó mucho.—Arroyo.

LA MEJOR SASTRERIA DE MADRID

GALINDO

Corte exclusivo. Confección esmeradísima

No deje de visitar esta casa y se convencerá de la calidad y hechura de sus trajes

Concepción Jerónima, 8. Teléfono 72746

MATADORES DE TOROS

Amador Ruiz Toledo.—Apoderado, don Alberto Escobar. Avenida Navarro Reverter, 20.—Representante, don José Carrasco Rodríguez. Apodaca, 10.

Cayetano Ordóñez (Niño de la Palma).—Apoderado, don Juan de Lucas. Santísima Trinidad, 20. Teléfono 42852.

Curro Caro.—Apoderado, don Rafael Martín Caro. Conde Duque, 52. Teléf. 34007.

Diego Gómez Laine.—Apoderado, don Antonio Villarán. Antonio Susillo, 24. Teléfono 24771. Sevilla.

Domingo Ortega.—Apoderado, don Domingo González (Dominguín). Atocha, 30 duplicado. Tel. 18532.

Félix Rodríguez II.—Apoderado, don Francisco Alarcón. Santa Engracia, 107. Teléfono 33970.

Fermín Espinosa (Armillita).—Apoderado, don Domingo González (Dominguín). Atocha, 30 duplicado. Teléfono 18532.

Joaquín Rodríguez (Cagancha).—Apoderado, don Alejandro Serrano. Lavapiés, 4. Teléfono 70947.

José Gallardo.—Apoderado, don Miguel Prieto. Goya, número 58.

José González (Carnicerito de Méjico).—Apoderado, don Eduardo Bermúdez. Farmacia, 4. Teléfono 13264.

José Mejías (Bienvenida).—Apoderado, don Manuel Mejías Rapela. Príncipe de Vergara, 3. Teléf. 50478.

Juan Martín Caro (Chiquito de la Audiencia).—Apoderado, don Rafael Martín Caro. Conde Duque, 52. Teléfono 34007.

Luis Díaz (Madrileño).—Apoderado, don Isidro Ortuño. Pérez Galdós, 10.

Manuel Mejías (Bienvenida).—Apoderado, don Manuel Mejías Rapela. Príncipe de Vergara, 3. Teléf. 50478.

Marcial Lalanda.—A su nombre. Alberto Aguilera, 66. Teléfono 33193.—Apoderado, Cristóbal Becerra. San Bernardo, 43.

Nicanor Villalta.—Apoderado, don Esteban Salazar. Lope de Rueda, 37. Teléfono 53138.

Rafael Vega de los Reyes.—Apoderado, don Miguel Torres. Duque de Sexto, 1. Teléfono 54488.

Vicente Barrera.—Apoderado, don Arturo Barrera. Preciados, 16. Teléfono 10561.

Victoriano de la Serna.—Apoderado, don Rafael de la Serna. Lagasca, 24. Teléfono 61616.

MATADORES DE NOVILLOS

Agustín Díaz (Michelín).—Apoderado, don Luis Bermejo. Plaza de la Constitución, 54. Ciudad Real.

Alfonso Gómez (Finito).—

Apoderado, Gómez Moro. Fermín Galán, 5. Teléfono 13965.

Andrés Mérida.—A su nombre. Manzana, 15.

Angel Soria.—Apoderado, don Emilio González. General Pardiñas, 24.

Antonio Martín (Revertito).—Apoderado, don Antonio Villarán. Antonio Susillo, número 24. Teléf. 24771. Sevilla.

Bartolomé Guinda.—Apoderado, don Domingo Arroyo. Rebojería, 1. Teléfono 2560. Zaragoza.

Benito Figueroa (La Rosa).—Apoderado, don Mariano Figueroa. Plaza Segovia, 1 (Bar).

Blas Escriche.—Apoderado, don Domingo Arroyo, Rebojería, 1, primero derecha. Teléfono 2560. Zaragoza.

Curro Ferrer (Pastoret, hijo).—Apoderado, don Eusebio Sáinz. Palma, 60.

Edmundo Zepeda.—Apoderado, don Leopoldo Lozano. Hortaleza, 17. Teléfono 15359.

Eduardo Ariste (Tabernero).—Apoderado, don Domingo Arroyo. Rebojería, 1, primero derecha. Teléf. 2560. Zaragoza.

Eduardo Solórzano.—Apoderado, don Antonio Suárez. Lombía, 12.

Francisco Gómez (Aldeano).—Apoderado, don Emilio Fernández. Bravo Murillo, número 12. Teléf. 43277.

Francisco del Pozo (Rayito II).—Apoderado, don José García Pastor. Tutor, número 31. Teléfono 58509.

Jaime Pericás.—Apoderado, don Andrés López. Pi y Margall, 72. Teléf. 16588. Valencia.

Jesús González (El Indio).—Apoderado, don Eduardo Bermúdez. Farmacia, 4. Teléfono 13264.

Joaquín Ponz (Alcañizano).—Apoderado, don Marcelino Garrofé. Larra, 9.

José Benítez (Niño de la Venta).—Apoderado, don José García Pastor. Tutor, 31. Teléfono 58509.

José Lasheras.—Apoderado, don Domingo Arroyo. Rebojería, 1, primera derecha. Teléfono 2560. Zaragoza.

José Madrid.—Apoderado, don Ramón Rojo. Estación Riquelme (Murcia).—Representante, don Cesáreo R. Carrión. Acuerdo, 35. Madrid.

José Neila.—Apoderado, don Jesús Hontana. Santa Engracia, 59.

José Vera (Niño del Barrio).—Apoderado, don José López Montesinos. Florida Blanca, 40. Teléf. 2717. Murcia.

Joselito de la Cal.—Apoderado, don Francisco Alarcón. Santa Engracia, 107. Teléfono 33970.

Juan López Lago.—Apoderado, don Enrique Ambel Albarrán. Ramón Albarrán, número 14. Teléfono 425. Badajoz.

Julio Caballero.—A su nombre. Teniente Tordesillas, número 11. Valencia.—Representante, don Antonio Fernández. Rosario, 16. Teléfono 1246. Cartagena.

Lázaro Obón.—Apoderado, don Francisco Alarcón (Maera). Santa Engracia, número 17. Tel. 33970.

Juan Marqués.—Apoderado, don Pedro Zamora. León, número 26. Tel. 23366.

Manuel García (Huelva).—Apoderado, don José García Pastor. Tutor, 31. Teléfono 58509.

Manuel Zarzo (Perete).—Apoderado, don Antonio M. Marinero. Argumosa, 3. Teléfono 76218.

Mariano Boleña.—Apoderado, don Paulino García Puente. Hermsilla, 77. Teléfono 50087.

Martín Bilbao.—Apoderado, don Leandro García de Mesa. Evaristo San Miguel, 5. Teléfono 44589.

Miguel Cirujeda.—Apoderado, don Domingo González (Dominguín). Atocha, 30

Miguel Palomino.—Apoderado, don Leandro García de Mesa. Evaristo San Miguel, número 5. Teléfono 44589.

Paco Cester.—Apoderado, don Manuel Gómez Crespo. Galileo, 55.

Pedro Barrera.—Apoderado, don José López González. Teléfono 13. Caravaca (Murcia).

Pepe García.—Apoderado, don José García (conserje Plaza Toros). Tel. 1658 Zaragoza.—Representante, don Antonio González. Avenida Plaza Toros, 26.

Raimundo Serrano.—Apoderado, don Jesús Hontana. Santa Engracia, 59.

Raimundo González.—Apoderado, don Miguel Prieto. Goya, 58.

Silverio Pérez.—Apoderados: Don Antonio Gil y Jerónimo Aguado «Pinteño». San Carlos, 15. Teléf. 18532.

Silvino Rodríguez (Niño de la Estrella).—Apoderado, don Jerónimo Aguado «Pinteño». San Carlos, 15.

Vicente Jordá.—Apoderado, don Francisco Santos. Lombía, 12.

Víctor Bonora.—Apoderado, don Pedro Zamora. León, número 26. Teléfono 25410. ratín, 10. Sevilla.

SEÑORITAS TORERAS

Angelita Alamo.—Apoderado, don Emilio Fernández. Bravo Murillo, 12.

Carmen de Madrid.—Apoderado, don Emilio Fernández. Bravo Murillo, 12.

Carmen Marín.—Apoderado, don Pedro Zamora. León, número 26.—Representante, don Antonio M. Marinero. Argumosa, 3. Teléfono 76218.

Cuadrilla Femenina Madrileña.—Mataadora: Nueva Reverte. Apoderado, don C.

Martínez Carmona. Tenerife, 4, entresuelo.

Hermanas Palmeño (Señoritas toreras Amalia y Enriqueta Almenara).—Apoderado, don M. Alaiza (ganadero). Tudela (Navarra).

Juanita Cruz.—Apoderado, don Rafael García. Amparo, 84. Teléfono 77856.—Representante, don Ildefonso Montero. Ticiano, 18 (Cuatro Caminos).

Maruja González (de Sevilla).—Apoderado, don Manuel Muñoz. Pureza, 18. Teléfono 25552. Sevilla.

Mary Gómez (de Córdoba).—Apoderado, don F. Muñoz Leal. Cuesta de Luján, 5 y 7. Teléfono 1588. Córdoba.

Paquita Martín.—A su nombre. Alcalá, 215.

REJONEADORES

Don Antonio Fuentes.—Apoderado, don Pedro Zamora. León, 26. Teléfono 23336.

REJONEADOR EN AUTOMOVIL

Luis Aguado, creador del rejoneo en automóvil, imprescindible en los espectáculos taurinos. Arte y emoción.—Apoderado, don Narciso Díaz. Jesús del Valle, 32.

BANDAS COMICO-TAURINAS

El Empastre.—Auténtica banda cómico-taurina.—Apoderado general, don Vicente Fuster. Colón, 50. Valencia. Teléfono 16460.

Los Califas.—Apoderado, don Juan J. de Lara. Fray Luis de Granada, sin número. Teléfono 2436. Córdoba.—Representante, don Francisco Casado (Fatigón). Moratín, 10. Sevilla.

Los de Aragón.—Apoderado, don Cayetano Minuesa. Danzas, 16. Zaragoza.

GANADEROS

Abad, don Eugenio.—Cadalso de los Vidrios (Madrid).

Abente, don Leopoldo.—Campillo, Escorial (Madrid).

Albaida, señor Marqués de.—Cisne, 18.

Albarrán, don Leopoldo.—Badajoz.

Albarrán, don Arcadio.—Badajoz.

Albarrán, señor Flores.—Andújar (Jaén).

Alcázar, don Paulino.—Cadalso de los Vidrios (Madrid).

Aleas, don Manuel García.—Colmenar Viejo (Madrid).

Angoso, señores Hijos de don Victoriano.—Villoria de Buenamadre (Salamanca).

Antillón, señor Conde de.—Arranz, don Miguel.—Doctor Paseo del Cisne, 18.

Belmonte, don Juan.—Espalter, 11.

Bernal, don José.—Santa Elena (Jaén).

EL PADRINO DE FRASCUELO EN LA MESA DEL CAFE

¿Quién no ha oído hablar de Juan Mota, el banderillero fino, valiente y de mucha inteligencia?

Juan Mota fué honra de la cuadrilla del célebre «Curro Cúchares», en que tanto brillaron los afamados Blas Méiz, Blayé, Matías Muñiz y otros de merecido renombre.

Las siguientes líneas van encomendadas a presentar a Juan Mota como «padrino» de Salvador Sánchez «Frascuélo», y a demostrar cuán merecido y justo es el título que se atribuye al distinguido lidiador.

En uno de los días de los primeros meses del año de 1863, se aproximó tímidamente a Juan Mota que, con otros del oficio formaba corro en la acera de la Puerta del Sol, un muchacho de poca edad, pidiéndole un capote para torear en la novillada que al día siguiente había de celebrarse en Madrid. Mota no hizo caso de la pretensión, pero el joven insistió tanto, y tanto tardó en separarse del corro, diciendo: «Si supiera quién soy, no me negaría nada»; que el torero concluyó por preguntarle quién era. Salvador, que así se llamaba aquel chiquillo de ojos negros, vivos y penetrantes, respondió con cierto aire de sonrisa maliciosa:

—Pues yo soy hermano de su amigo de usted, Alejandro, a quien dice que quiere mucho.

—Y es verdad—dijo Mota—, y capote tendrás y padrino; pero mira, chaval, que los toros dan cornadas...

—¡Y dinero y aplausos!—replicó el muchacho.

—Bueno; vete a casa mañana y hablaremos.

Desde aquel momento puede decirse que la estrella de «Frascuélo» fué rápidamente brillando y agrandándose. Gracias a su protector, toreó en novilladas a las órdenes de Villaverde y otros, poniendo banderillas de todos modos, e incluso al quiebro y en silla; mató moruchos; capeó, recortó; zapateó y limpió la baba a los toros y si se lo hubiesen permitido hubiera picado y rejoneado; tal era su afición y goce material que en torear encontraba.

—Eres un botarate—díjole un día Juan Mota—; todo lo quieres hacer, y no piensas ni reflexionas; tienes el corazón más grande que una catedral, y una cabeza más pequeña que un alfiler.

Y, cortándole la palabra, repitió «Frascuélo»:

—¿Qué quiere usted? La sangre no me deja estar quieto y yo quiero aprender; y, para aprender, hay que trabajar; y para trabajar, hay que tener afición; y el que no tenga afición y deseos de complacer, que no sea torero.

—Basta, hombre, basta; que pareces un rosario de nueve dieces. Desde mañana trabajarás en la cuadrilla de Cayetano.

—Muchas gracias, señor Juan, muchas gracias—contestó, emocionado, Salvador, estrechando la mano de Mota—. Teniéndole a usted por padrino, ya verá lo que llevo a ser en el toreo.

Lo mismo Juan Mota que todos los aficionados, admiraron de los rápidos adelantos de «Frascuélo».

Siguió «Frascuélo» de banderillero, estoqueando por cesión algunos toros, e ignorando, en su mayor parte, los esfuerzos de su padrino para conseguir el apetecido fin; y sosteniendo con él la necesidad de que no se molestase tanto, ni tuviese un disgusto con Cúchares, le anunció que debía marchar a Zaragoza dentro de dos días, a torear con su maestro Cayetano.

No sé fijar precisamente la fecha en que esto sucedió, aunque me parece fué a primeros de octubre de 1865; pero recuerdo bien que un respetable y anciano aficionado me dijo en cierta ocasión en que hablábamos de toros de otra época:

—Mira, muchacho; el banderillero Mota se empeñó en que «Frascuélo» tomara la alternativa, y un día habló a Cúchares. «Curro» fué más explícito que en ocasiones en que anteriormente se le hablara del mismo asunto, y habló sobre el motivo que le inducía a no complacer a sus amigos y a la afición en general, diciendo:

—«Conque acaba de tomar la alternativa Rafael y mi hijo, y vamos a ir echando a la plaza más «espás» que tiene una baraja, «pa» que «denguno tenga «después» qué comer.»

No hubo más remedio que resignarse y esperar. «Frascuélo» se mostraba contento con torear otro año más al lado de Cayetano, y así hubieran continuado las cosas si una feliz casualidad no hubiese ido a favorecer los planes de Juan Mota.

Habiase fundado recientemente en Madrid el hospital de cigarreras, y con el fin de

allegar recursos para atender a sus muchas necesidades, proyectó la Junta de Damas a cuyo cargo corría la administración, celebrar una corrida de toros; fiesta que, sobre dar más productos que otras, lleva la ventaja de que los toreros se hallaron dispuestos a exponer su vida en favor de los desvalidos, sin retribución ni estipendio alguno.

Se contó, como no podía menos, con los espadas contratados, y Juan Mota, que perseguía su ideal con insistente pertinacia, fuese presuroso a ver a la señora presidenta de aquella Junta, y la ponderó las ventajas que, para el buen éxito de la fiesta, reportaría, como novedad que satisficiera los deseos de muchos aficionados, la aparición de «Frascuélo» en la arena, tomando la alternativa.

Aceptó la señora su ofrecimiento; marchó en seguida desde su casa, plaza de Santa Bárbara, a casa de «la Margarita», calle de las Huertas, 25, donde vivía el famoso matador, y presentóse a él, que ciertamente no esperaba verse favorecido con tal visita.

Habló como hablan las mujeres cuando se proponen conseguir algo, y en aquel momento quedó nombrado Salvador matador de cartel por el famoso maestro «Curro Cúchares».

—Tú has de rayar muy alto; llegarás adonde pocos han llegado; y si no al tiempo.

¿Qué veía Mota en el trabajo de «Frascuélo»? ¿Qué intuición le guiaba para apreciar en aquel joven grandes dotes de inteligencia, cuando la mayoría del público no encontraba en él más dotes que el valor y la ligereza? Indudablemente «vió» más que nadie, y «adivinó» lo que pocos presumieron. Sin su decidida protección, hubiera pasado mil apuros para darse a conocer o quien saba si un «marrajo» le hubiera inutilizado en la capea de un pueblo; con su rabioso apoyo, dió al arte un espada de alto renombre, y anticipó a los aficionados la satisfacción de ver en aquella categoría al que hubiera tardado más años en adquirirla.

*

En la «sin igual» corrida de mayo de 1887, no sabía responder a las felicitaciones que le hicieron sus amigos. Trémulo y balbuciente, sólo decía, con lágrimas en los ojos: «No hay otro en el mundo.»



(A LAS OCHO DE LA TARDE DEL 30 DE MAYO DE 1935)

—¿Por dónde «escomenzamos», don Panchocolate, «pa» dar cuenta a la gente de la corrida?

—Empiece usted diciendo: A las cuatro llueve.

—¡Pues vaya una embajada, si es lo de siempre!

—Diga usted que hizo frío.

—Ya se supone; no hubo más que ver en la plaza los espectadores.

—Que el papel estuvo bajo casi en los suelos.

—Con tres postergados, comprendido es eso.

—Diga usted que en el cir-

co no se vió gente; que entre areneros, «monos» y los burgueses, puede que no llegásemos a seis docenas.

—Eso no importa a nadie más que a la Empresa.

—Si a todo lo que apunto pone reparos, diga usted lo que crea que es más del caso, o cálese si quiere no ser molesto.

—Negrito, muchas gracias por el consejo.

Le agradezco y le sigo; le sigo... ¡vaya! y dejó el asunto sin más palabras.

Comentario intrascendente

Más sobre la ilimitada ingenuidad del público

En nuestro último número de TAUROS insertábamos unas rápidas líneas esbozando muy superficialmente—cual corresponde, por supuesto, a comentario intrascendente—tema sobre la ingenuidad del público de la fiesta taurina; que es, decíamos—y lo ratificamos hoy más categóricamente—ilimitada.

Prometimos seguir tratando, con un mayor detenimiento, acerca de esa faceta del público de toros.

Pues bien; vamos a hacerlo, aunque lo sea también esta vez, sin toda la minuciosidad que el motivo requiere y merece.

Nada más exacto, más cierto que afirmar que el público tiene, está dotado—acusándolo de manera invariable—de tal ingenuidad, que no conoce ni concede límite alguno.

¿Pruebas? ¡Inúmeras!

Ahí van unas cuantas:

Cuanto se le dice de un torero, sobre si vale tanto, que es capaz de esto y de lo otro, y... de lo de más allá, se lo cree el público absolutamente, fiando, ingenuo, en que el sudicho torero demuestre algún día todo ese derroche de su capacidad que sea confirmación rotunda de lo que se tiene dicho...

Así, es capaz de esperar, pacientemente, una y otra tarde, temporadas enteras, incluso, el público con su característica ingenuidad ilimitada.

Con sólo leves detalles que acuse el torero, son más que suficientes para que el público confíe en que alguna vez «pueda llegar» la tarde grande de ese torero.

Otras veces, a pesar de serle sobradamente conocida la desfachatez, la medrosidad, la apatía de determinados toreros, el público, en su ingenuidad desmesurada, sigue yendo a la plaza, esperando—y esperanzado—con que en la corrida a celebrarse y en la que actuará ese torero pueda éste, por fin, mostrarse decidido...

Se llega, incluso, por los más ingenuos espectadores, a

no atreverse a sisear o silbar a un torero que bien se lo merece por su constante actitud de reserva—siempre y cuando, naturalmente, que el torero tenga definida personalidad de cierto relieve—, porque temen pueda sentirse molesto; y, entonces, lejos de herirse en su pundonor de artista, adopte posición de enfado, decidiendo actuar sin la más leve intención de voluntad por complacer al público.

¡El colmo de la ingenuidad!

Bien saben los toreros apurar—mejor diríamos explotar—esa característica tan frecuente del público, que suele ser, precisamente, un sector grande el que así se caracteriza. Mucho perjudica al espectáculo esa actitud del público, que es—cual necia pasividad y paciencia que hacen ser a gran número de espectadores condescendientes, permitiendo lo que no debieran aceptar ni permitir.

Donde, no cabe duda, más se evidencia la tal característica, que subleva en verdad al resto del público—ese otro sector de aficionados que son auténticos por su sensatez y consecuencia—, es cuando el otro sector—los ingenuos, una mayoría muy notable, para mal de la fiesta—se contenta, si no ya se siente muy entusiasmada, con cualquier cosa que hagan los toreros, y hasta aceptan camelísticos alardes, y, sobre todo, juzgan ciertas circunstancias, sin detenerse en consideraciones acerca de la relatividad y facilidad del mérito a conceder respecto de lo que ven está haciendo tal o cual torero.

Con todo esto, la condescendencia es extraordinaria; el abuso de los toreros es cada vez mayor, que trae por resultado lo que ya está ocurriendo: que en la fiesta, en el espectáculo tarino, se definen valores falsos que restan—y aun desprestigian—el lucimiento auténtico de lo que debe ser potencial y esencial en el toreo.

Por única culpabilidad: la ingenuidad del público, que es... ilimitada. D. I.

Juanita Cruz torea a la verónica así como puede hacerlo el mejor de los toreros que más presume. ¡Por algo está conceptuada como la única torera capaz de codearse con los novilleros punteros!

